

SIRIA EN LA ACTUALIDAD ARABE Y EN EL PROXIMO ORIENTE

Durante el primer trimestre del corriente año 1954 la nación árabe de Siria ha puesto de relieve que, tanto dentro del llamado «Mundo Árabe» como del Próximo Oriente en general, dicha nación constituye el centro neurálgico más agudo de la política arábiga e internacional. La demostración de tal evidencia no ha sido sólo por los hechos concretos de los cambios producidos respecto al panorama de su vida estatal y nacional interna, sino por el modo de repercutir los cambios en el estado actual de las zonas del Mediterráneo oriental, y también en las evoluciones del arabismo. Hasta el punto de que todo lo que en Siria pasa resulta actualidad permanente y esencial para los países que hay en torno, pues Siria actúa como una movible encrucijada de lo geográfico y lo político.

El primer antecedente de las cuestiones recientes parece ser que teóricamente debe estar en dos fechas de abril de 1946, es decir, el 15, día en que terminó la evacuación de las tropas extranjeras, a la vez que el mandato que, en nombre de la ya desaparecida Sociedad de Naciones, había ejercitado Francia desde julio de 1922, y el 17 del mismo mes, en que para celebrar la independencia obtenida se instituyó como fiesta nacional siria el Día de la Evacuación. Pero ocurrió que al año siguiente el planteamiento del conflicto de Palestina, sobre un suelo que no sólo prolonga el sirio sino que fué durante siglos parte suya con el nombre de Siria meridional, afectó a Siria tan directamente, que estuvo a punto de torcer el recién iniciado proceso de organización independiente. Casi a la vez ocurrió también que sobre la encrucijada física del suelo sirio comenzaron a confluír los mayores intereses económicos de las grandes potencias que en el Próximo Oriente tienen intereses petrolíferos, es decir, Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia (aparte las interferencias que Rusia intentase a distancia), y de 1948 a 1950 tales intereses animaban a intervenciones directas o indirectas en un país que no tiene petróleo, pero es salida occidental de los que lo producen, a la vez que centro geográfico común. Y al empeño puesto por las potencias llamadas occidentales, de repartirse las influencias económicas re-

gionales próximo-orientales, se atribuyen los sucesivos golpes de Estado.

El primer golpe lo dió en marzo de 1949 el coronel Husni Zaim, entonces jefe del Estado Mayor, que depuso a las autoridades civiles republicanas acusándolas tanto del fracaso de la intervención bélica en Palestina como de no haber sabido establecer rápidamente una organización económica completa que reemplazase a la del Mandato francés. Husni Zaim ejerció el Poder hasta agosto de 1949, en que le derribó un segundo golpe de Estado dirigido por el coronel Sami Hennawi, después del cual Zaim fué condenado a muerte porque, apartándose del móvil nacionalista inicial, había firmado un acuerdo concediendo a Francia la explotación del subsuelo y la hegemonía en la capitalización industrial. Después resultó que Hennawi, aunque restableció la vida constitucional, suspendida por Zaim, comenzó a inclinarse en otro sentido, es decir, el británico, pues mientras en lo exterior procuraba fusionar Siria con Iraq, según un proyecto que entonces convenía a los ingleses, se mostraba inclinado a pasar a éstos las concesiones que los franceses habían obtenido con Zaim. Lo cual hizo que Hennawi fuese a su vez destituido en diciembre de 1949, después de un tercer golpe de Estado del teniente coronel Adib Chichakli.

En realidad había ocurrido que dentro de los tres sucesivos cambios de origen militar coexistían dos factores, o sea, el nacionalista de descontento por el rumbo torcido que la guerra de Palestina y otras causas de orden geográfico habían obligado a dar al Estado y la nación nacientes, y el de la necesidad de comenzar el arreglo del país por una reforma económica a fondo. El teniente coronel Adib Chichakli fué el organizador de los dos anteriores golpes de Estado y el portavoz del descontento de los oficiales que fracasaron en Palestina por falta de medios, aunque luego cedió el primer puesto a Zaim y Hennawi, como más representativos, y les echó cuando creyó que se desviaban del propósito inicial. Lo mismo ocurrió cuando, desde diciembre de 1949 a noviembre de 1951, dejó Chichakli gobernar libremente a políticos civiles (aunque la mayor parte diferentes de los que gobernaban antes del golpe de Zaim), limitándose a vigilarles él desde lejos como jefe del Estado Mayor, para estar seguro de que sostenían el primer factor de enderezar el rumbo nacional, mientras que los gobernantes militares y civiles a quienes Chichakli encumbraba se preocupaban más por el factor de regeneración económica rápida buscando asegurar la rapidez con los acuerdos extranjeros de apoyo sobre esta o la otra potencia.

Chichakli acabó al fin por acumular en su persona todos los poderes para mayor seguridad del propósito inicial que se desviaba, y eso lo hizo en varias etapas. Desde noviembre de 1951 siguió su anterior procedimiento de colocar al frente del Estado y del Gobierno a otra persona figurativa, el coronel Fauzi Selo, pero ya con una intervención directa de Chichakli en las cuestiones relativas a las dos políticas ex-

teriores del país (la árabe y la internacional), a la vez que se disolvían (o mejor dicho, se prohibían) todos los partidos políticos gobernantes antiguos, aunque se dejaron otros varios nuevos o menores, como el Socialista Árabe, el del Renacer Árabe, los Hermanos Musulmanes, etcétera. En junio de 1952 el coronel Fauzi Selo pasó a presidir un Gabinete de ministros civiles que eran técnicos apolíticos. En agosto de 1952 Chichakli creó un partido político propio llamado Movimiento de Liberación Árabe, que estaba destinado a ser el predominante en los puestos públicos; pero en diciembre, después de una conspiración provocada por los jefes del Partido Socialista y el del Renacer, que no toleraban la hegemonía del partido nuevo, éste pasó a ser partido único, presidido por Chichakli, a la vez que éste se hizo coronel y dispuso poner en vigor una nueva Constitución. Constitución que en julio de 1953 llevó, por medio de unas elecciones oficiosamente dirigidas, a Chichakli hasta la presidencia de la República y del Gobierno. Cargos acumulados en octubre por otras elecciones en que se abstuvieron los electores opositoristas y se negaron a aceptar el nuevo Parlamento.

Después comenzó a prepararse la crisis, que debía llegar a ocasionar la caída y huida de Chichakli. Tras los sucesivos episodios de la formación, en noviembre, por elementos de los antiguos partidos de un «Frente de oposición nacional»; la orden de detención por Chichakli, en enero de 1954, de los diez personajes políticos adversos más importantes; la violenta oposición de los habitantes del Yebel Druso a que fuese detenido su jefe local, sultán Atrach, el cual escapó del país, y las manifestaciones de protesta callejera organizadas en las ciudades por los estudiantes, las cuales fueron reprimidas después de que en toda Siria se estableció la ley marcial y se sustituyeron los gobernadores civiles por otros militares, pero sin que se restableciese la normalidad. Pues, de hecho, toda la vida pública y la vida económica se pararon entre el 5 y el 25 de febrero, hasta el punto de que los mismos jefes militares vieron que no era posible volver a poner todo en marcha sin prescindir de Chichakli. Así, cuando el 25 se sublevaron los habitantes de Yebel Druso, siguió el Ejército personificado, primero, por el jefe de la guarnición de Alepo, coronel Mustafá Hamdum, que exhortó por radio a Chichakli a marcharse del país, y luego por el jefe de Estado Mayor en Damasco, teniente coronel Chukieri, que impidió toda resistencia de los seguidores ministeriales y parlamentarios de Chichakli. Chichakli huyó al Líbano y desde allí a Saudía, mientras el jefe del Estado, depuesto en noviembre de 1951, es decir, el anciano Hachim Al Attasi, entraba triunfalmente en Damasco y se creaba, presidido por él, un Gobierno provisional encargado de hacer elecciones parlamentarias a fin de mayo o principio de junio.

En todo ese rápido proceso de la elevación y la caída de Chichakli siguieron actuando con mayor fuerza los factores externos sobre los in-

ternos. Es decir, que los programas y las maneras de gobernar de Chichakli, sus partidarios y sus adversarios, así como los antagonismos personalistas entre unas y otras figuras de la política de Siria (que, por cierto, siempre fué el territorio árabe cuyos habitantes más se complacen no sólo en la política, sino en un politiquear profesional), sólo presentan significados objetivos y circunstanciales frente al significado sustantivo permanente del papel de Siria en relación con todo el conjunto de países y territorios que más o menos directamente la rodean.

Desde la independencia completamente obtenida en 1946, el motivo más frecuente de orgullo entre sirios, de tendencias más diversas, es comprobar que Siria es casi el único Estado árabe que no tiene tratados con potencias extranjeras, restringiendo en cualquier sentido su libertad de acción, ni tampoco otros compromisos ni limitaciones. Egipto, desde 1922, aún no pudo resolver el problema de la ocupación permanente de tropas inglesas; Iraq, Jordania y Libia tienen con Inglaterra otros compromisos de cesiones de puntos de apoyo; Saudía tiene, gracias al petróleo, una dependencia económica indirecta de Norteamérica; el Líbano y Yemen, aunque están exentos de dependencias, tienen otras limitaciones que las suplen. Africa del Norte está ocupada y en parte incorporada a Francia; Aden y Oman son zonas inglesas. Sólo Siria ha podido considerarse como República completamente libre, y el anhelo popular de conservar esa libertad externa ha venido pesando sobre los partidos y los hombres políticos sueltos.

Principal manifestación de ese peso fué, entre 1946 y 1950, la repulsa de los proyectos de «Gran Siria» y «Gran Creciente fértil» que patrocinaban los elementos palatinos de Amman y Bagdad como medios de que Siria pasase a ser parte de los Estados vecinos de Jordania e Iraq, lo cual repugnaba a los sirios, más que por el hecho de las fusiones o anexiones (las cuales no son teóricamente contrarias al programa de panarabismo que constituye el fondo del ideal local), porque les parecía un retroceso, dadas las semidependencias extranjeras que no han perdido los dos reinos hachimíes y que Siria superó hace tiempo. Entre 1951 y 1953, dicha repulsa se unió al recelo mayor de que la desaparición de Siria como factor libre pudiese ser facilitada por la adhesión a cualquier pacto regional de defensa del Próximo Oriente, promovido por Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia. Eso sirvió de principal apoyo a Chichakli para establecer su régimen de poder personal directo, en el cual el neutralismo actuaba como factor más insistente. La ventaja de que Siria no estuviese dentro de ninguna zona de influencias la utilizaba la propaganda del régimen no sólo para alentar una concentración de impulsos dispersos, sino para hacer ver que bien pudiera ser Siria para la unidad árabe algo de lo que fué Piamonte para la unidad italiana. Por eso el partido único que Chichakli había comen-

zado a crear se llamaba «Movimiento de liberación árabe» (*Jaracat attajir al arabi*).

Lo más significativo es que quienes derribaron, en marzo, a Chichakli lo hicieron, sobre todo, por causas personales, como su apartamiento de las normas parlamentarias libres o el exceso de control policiaco, pero sin que por eso hasta ahora las primeras tendencias del régimen nuevo hayan significado una ruptura del neutralismo. Incluso puede decirse que la mayor diferencia actual entre los políticos sirios está en los modos cómo éstos interpretan el neutralismo. Hasta los dirigentes del partido «del pueblo» o «populista», que en 1951 fué rechazado por Chichakli, dada su aproximación a la unión con la política iraquiana, y que frecuentemente ha sido considerado como anglófilo, se viene oponiendo a una participación siria en la organización defensiva de Oriente Medio que proponen los anglosajones, a no ser con garantías de no ocupación del suelo sirio y dentro del cuadro de la defensa común mutua de las naciones de la Liga Árabe.

Puede también decirse (y lo han hecho ya varios informadores extranjeros que en los dos últimos años han tenido contacto con los políticos sirios residentes en su país y con los emigrados) que las dos afirmaciones frecuentes de que Siria no debe perder su mayor soltura respecto a sus vecinos y debe subordinar sus dos políticas externas arábiga y mundial a este principio ocultan a veces planes muy distintos de éstos o los otros jefes de partidos. Pero el mismo hecho de fingir, si es que fingen, indica cómo el temor a las absorciones, lo mismo por otros Estados arábigos que por potencias del llamado «Occidente», viene siendo un impulso sirio popular muy persistente, y los diversos partidos han de irlo soslayando y combinando con otras cosas, pero sin negarlo ni atacarlo.

Dichos partidos eran principalmente nueve antes de las sucesivas disoluciones de noviembre de 1951 y abril de 1952. De ellos han vuelto a reaparecer hasta ahora con completa reorganización seis, a los cuales ha de sumarse en cierto modo lo organización del Frente Nacional, que, surgida bajo Chichakli como un simple instrumento de enlace de oposiciones, tiende a quedar como grupo político aparte. Los nueve citados fueron: 1.º «Nacional» o nacionalista, resto del que fué predominante como oposición al mandato francés y con diversos jefes que se suceden y combinan, aunque su símbolo es el primer presidente de la República, Chukri Quetli, apartado en El Cairo. 2.º «Populista», que desde 1949 tenía mayoría en las sucesivas legislaturas del Parlamento y estaba regido por un triunvirato. 3.º «Renacer Árabe», creado por Miguel Aflag y muy próximo al populista. 4.º «Socialista Árabe» de Akram el Haurani, que se inclinaba a un fascismo. 5.º «Republicano demócrata». 6.º «Cooperación socialista», próximo al nacional. 7.º «Socialista musulmán» o de «Hermanos Musulmanes». 8.º «Pueblo Sirio», con adeptos pú-

blicos en Siria y clandestinos en el Líbano. 9.º «Comunista». Los siete primeros con características centro-derecha y centro-izquierda, incluso en los llamados socialistas, que no eran marxistas. El séptimo, que era tradicionalista islámico, y el octavo, tradicionalista islamo-cristiano, no han reaparecido aún orgánicamente. Tampoco el comunista al otro extremo. En el Gobierno provisional de Attasi sólo está directamente representados el Renacer Árabe, por su jefe, Miguel Aflag, y el Populista, además del «Frente Nacional» y los independentes.

Ahora, entretanto que llegan las elecciones de mayo-junio, para las cuales se ha establecido un «modus vivendi» provisional de no hacer lucha electoral entre los partidos colegiados, la consigna general es la frase de «normalización constitucional». Pero ha de tenerse en cuenta que se trata de restablecer la Constitución de septiembre de 1950, es decir, una de las dos, que fueron promulgadas en el régimen de Chichakli. Y que el Parlamento que ha de seguir en funciones provisionales, aunque sólo para asuntos de trámite, hasta las elecciones, fué constituido en tiempo de Chichakli también, cuando éste dejaba actuar como aliados civiles a los políticos del partido «Renacer» y el «Populista», que tenían la mayoría parlamentaria. También ha de tenerse en cuenta que no se han tomado sanciones contra los colaboradores más recientes de Chichakli, pues sólo se les ha quitado de los puestos de mando, a la vez que se disolvía el esbozo de partido único «Movimiento de liberación árabe». O sea, que en lo interno la continuidad no se rompió completamente, pues lo externo sigue siendo predominante.

Al prepararse los programas electorales, los partidos más netamente gubernamentales, es decir, los próximos a Attasi, se dividen en dos rumbos, que son el favorable a una unión federal de Siria con Iraq, como dos países bajo Parlamentos y Gobiernos distintos, y el que se opone terminantemente a esa unión. Lo primero es sostenido por el Populista y el del Renacer. Lo segundo, por el Socialista Árabe y varios grupos independentes. Al margen, con escasa organización, pero bastantes adeptos, el partido Nacional (apoyado por el Republicano-Democrático y el de Cooperación Socialista), trata de hacer de fiel de la balanza y de preconizar una solución regional próximo-oriental, que consista en obrar de acuerdo con las normas de la Liga Árabe.

Ocurre, sin embargo, que la Liga Árabe, habiendo dejado de ser el organismo de enlace general en plan de igualdad entre sus Estados asociados que dispuso el texto de su pacto desde 1945, tiende, desde 1943, a plantear problemas de hegemonía de unos Estados sobre otros, no porque se haya perdido el sentido de la igualdad arábica general, sino porque cada estado poderoso aspira a que la unidad se consiga alrededor suyo. Después de constituirse en Egipto el régimen militar que preside el general Naguib, los gobernantes de El Cairo ven en la Liga un simple elemento de contrapeso para las reivindicaciones del país del

Nilo respecto a las grandes potencias. En cambio, Iraq pretende revivificar la Liga para que ésta impulse la conversión del grupo de sus ocho países miembros (Egipto, Iraq, Siria, Líbano, Saudía, Yemen, Jordania, Libia) en un superestado federal, donde coexistan monarquías, repúblicas y principados al modo de las antiguas federaciones de Estados alemanes. Siria, con Chichakli, hacía de tercer factor con un panarabismo federal semejante al iraquiano en el aspecto y al egipcio en el programa. Por eso y porque a los puntos de vista de Chichakli se aproximaba Saudía, Siria podía aspirar a ser la fusionadora de los puntos de vista divergentes de El Cairo y Bagdad.

Roto el punto central, parece que Siria ha de dejarse llevar por uno de los extremos divergentes. Pero es el caso que ahora (es decir, a fines del mes de marzo de 1954) los dos extremos representan, más que expresiones respecto al arabismo, expresiones respecto a la cuestión de la adhesión a los planes norteamericanos de defensa del Oriente Próximo y Medio, en los cuales ya han entrado Turquía y Pakistán. Egipto no quiere colaborar ni que los demás colaboren con Norteamérica, Gran Bretaña y Francia sino después de que éstas satisfagan las reclamaciones árabes independientes. Iraq, en cambio, propone una decidida colaboración prevista para que después las potencias occidentales se sientan reconocidas y estén más dispuestas a dar al arabismo lo que éste considera indispensable. Y sea cual sea la tendencia que triunfe, Siria resultará el punto central donde todo se atraiga y condense. Así la evolución de la política de Siria futura es ya un problema no sólo arábigo y oriental, sino generalmente mediterráneo. Puesto que el arabismo está actuando como un factor activo a lo largo de todas las orillas meridionales del viejo mar clásico, y de ese arabismo Damasco representa el más antiguo símbolo unitario.

RODOLFO GIL BENUMEYA

